

« Por no ser de sus padres enemiga »

Así consigo mismo razonando,

El buen Roger decia,

Y en alta voz á veces, de manera

Que quien cabe él hallábase la oia.

Por eso tuvo en ocasiones ciento

Del afan de Roger nuevas seguras

La bella dama, á quien da mas tormento

Este afan que sus propias desventuras.

Mas sobre todo afligele la idea

De que Roger, alucinado, crea

Que ella le olvida por amar al griego;

Y, del pecho queriendo luego, luego

Quitarle tal temor, estas palabras

Manda á decirle un dia

Con una camarera, en quien confia :

« Roger, sabes cual fui ; la misma quiero

« Hasta la muerte ser á todo trance,

« Ya se me muestre Amor benigno ó fiero,

« Ya, en sus giros, me lance

« Aquí ó alli la rueda de Fortuna.

« De verdadera fe firme columna,

« Por el mar y los vientos combatida,

« Soy yo, que nunca de paraje mudo,

« Ni mudaré, por rudo

« Que el golpe pueda ser. A tí tan solo

« Amo, Roger; á tí tan solo puedo

« Tales palabras repetir sin dolo.

« Ni tampoco, ; oh mi bien ! te atemorices

« Con la terrible idea

« De que de otro que tú mi afecto sea,

« Mi afecto, que raices

« Echó tan hondas ya, que en todo el orbe

« No hay fuerza que de amarte á tí me estorbe.

« El acero, el marfil, la piedra dura

« Resisten á los golpes de la maza,

« Que darles nunca logra otra figura

« Mas que tal vez los parte y despedaza.



Bradamante á los piés de Carlomagno. (T. II, p. 453.)

« Asi es mi corazon. El mismo exceso
 « Del entrañable amor que te profeso
 « Consumirlo podrá ; mas imposible
 « Es que á la imágen tuya
 « Otra imágen en él se sustituya. »

Añade á estas palabras Bradamante
 Otras muchas de amor y de consuelo,
 Capaces de dar vida al caro amante,
 Si bien mil veces estuviera muerto.
 Mas cuando ya, tras la borrasca, piensa
 Llegar por fin al suspirado puerto,
 Torna el viento á bramar, y en nube densa
 Envuélvelo otra vez con furia inmensa.

La dama, empero, que dispuesta se halla
 Por Roger á hacer mas de lo ofrecido,
 Del respeto á un gran principe debido
 Salva en esto la valla,

Y á Cárlos presentándose, le dice :

« Señor, si asaz felice
 « He sido alguna vez para captarme
 « Vuestra atencion benévola, una gracia
 « Voy á pedir, y vais vos á otorgarme.
 « Mas, ántes de decir qué gracia es esa,
 « Vuestra regia promesa
 « Quiero obtener de conseguirla ; y luego
 « Veréis, señor, si es justo ó no mi ruego. »
 — « Tu virtud, jóven cara, bien merece
 « Cuanto pida lograr, » responde Cárlos ;
 « Y por quien soy te juro, aunque una parte
 « De mi reino me pidas, contentarte.

— « Todo el favor que á la clemencia vuestra
 « Reclamo, alto señor, es que marido
 « No permitais me den, si en la palestra
 « Antes con él mis armas yo no mido.
 « Al que obtenerme quiera,
 « Yo con espada y lanza desafío.
 « Como me venza, esposo será mio ;
 « Mas, como no, busque otra compañera. »

Con plácido ademan y faz benigna
Acogiendo el monarca esta demanda,
Que de tan noble dama juzga digna,
Incontinentemente manda
Hacer todo segun ella lo dice,
Y le ruega por Dios se tranquilice.

Por mas secreta que tenerse quiera,
Circula poco á poco aquella nueva,
Que la fama parlera
De Amon y de Beatriz á oidos lleva.
Escuchándola, en ira
Arden los dos, al ver que Bradamante
Desdeña al griego y por Roger suspira;
Y por vedar que á efecto
Lleve la dama al fin este proyecto,
Con un ardid la alejan de la corte,
Y desde allí se van á Rocaforte.

Sirve á unas altas peñas de corona
Este antiguo castillo,
Sito entre Perpiñan y Carcasona,
Del cual y su comarca
Dueño al padre del inclito caudillo
De Montalban hizo el francés monarca.

Allí, cual prisionera,
Retiéndola sus padres, aguardando
A que una coyuntura se presente
Para mandarla á Oriente,
Resueltos á que, quiera ella ó no quiera,
Haya de ser de Constantino nuera.

La valerosa dama, que sumisa
Era, no ménos que animosa y fuerte,
Bien que ni centinela
Ni gente alguna en derredor divisa
Que parezca guardar la ciudadela,
Resignase á su suerte,
Bien decidida á conllevar gustosa
Cualquier suplicio, y cautiverio, y muerte,
Por no ser de otro que Roger esposa.



Reinaldo de vuelta en su familia. (T. II, p. 154.)

Reinaldo, que se ve de esta manera
Por el padre apartado de la hermana,
Y que advierte que vana
La palabra va á ser que á Roger diera,
Se queja en alta voz, y hasta á su padre,
Del respeto olvidándose, zahiere.
Callar, empero, el duque Amon prefiere,
Y á su hija desposar con quien le cuadre.

De Roger á noticia llega aquesto;
Y, temiendo por siempre á su querida
Perder, como muy presto

A dar muerte á Leon no se decida,
Sin hablar de ello á nadie, reino y vida,
A no engañarle su esperanza, al hijo
Y al padre en breve quitará de fijo.

Las armas, pues, reviste
Que de Héctor el troyano un tiempo fueron,
Y que al tártaro al fin pertenecieron.
A un escudero ordena que le aliste
Sin tardanza el corcel; otra coraza
Toma para esta empresa; otra cimera
Pone en su yelmo, y otro escudo abraza,
En el cual, en vez de águila altanera,
En fondo azul pintada, verse deja
Blanco unicornio en guarnicion bermeja.

Y en seguida á su paje
Mas fiel ordena que sus pasos siga,
Y que en ningun paraje
Lo que sabe de aquesto á nadie diga.
Despues de haber el Mosa atravesado,
Traspone el Rin y el Austria; entra en Hungría,
Y del Danubio por la orilla umbria
Cabalga hasta las puertas de Belgrado.

Al llegar cabe el sitio do revueltas
Del Sabia y del Danubio van las ondas
A lanzarse á la mar dando mil vueltas,
Tiendas y pabellones adornados
De enseñas imperiales

Nota, y número inmenso de soldados,
Al frente de los cuales
Recuperar pretende Constantino
La ciudad que, no ha mucho,
Del Búlgaro rebelde á manos vino.

En la ciudad y término vecino
Acámpanse los búlgaros, en frente
Del Sabia, sobre el cual á echar un puente
Se estaba el Griego aperciendo, cuando
Allí Roger llegando,
La lid presencia entre una y otra gente.

El griego soberano, que consigo
Hueste lleva en número cuatro veces
Superior al ejército enemigo,
Y barcas para puentes, y pertrechos,
Y máquinas, en fin, de toda clase,
Con fingido ademan á la otra banda
Dispone que por fuerza al punto pase
El grueso de su tropa, interin manda
Al príncipe Leon que, con el resto
Dando una vuelta, á echar un puente vaya
Mas allá, y atraviase al lado opuesto.

Y en efecto, con hueste numerosa
De á caballo y de á pié (veinte mil eran)
Se aleja un poco, y con terrible asalto
Por el costado al enemigo acosa.
El griego emperador, apénas sabe
Que por la orilla izquierda su hijo viene,
Puente añadiendo á puente, y nave á nave,
Con cuantas tropas á su lado tiene
Atraviesa veloz. Conflicto grave
Es este para el búlgaro Vatrano,
Jefe de esfuerzo y de valor, que en vano
A defenderse aspira;
Pues con robusta mano
Asiéndole Leon, lo arroja al suelo,
Y al ver que su derrota no confiesa,
El pecho una y mil veces le atraviesa.

Al de Bulgaria, que hasta aquel momento
Supo hacer frente al enemigo, aterra
La vista del sangriento
Cadáver de su rey, que yace en tierra;
Y sin saber por do, en desórden huye,
Al ver que nunca el riesgo disminuye;
Pero Roger, que entre la gente griega
Se lanza en este tiempo á la refriega,
Y que, merced á su odio á Constantino,
Auxiliar quiere al Búlgaro, en Frontino
Montado se adelanta,
Y entre las gentes métese, que huyendo
Del llano, al monte van. A muchos para;
Por su ánimo estupendo
Movidos otros, cara
Hacen de nuevo al enemigo; en tanto
Que, enristrada la lanza, él se pasea,
Y á Júpiter y á Marte infunde espanto.

Al contrario escuadron capitanea
Un jefe de purpúrea vestimenta,
Que en su cimera ostenta
Toda de seda y oro una panocha.
A aqueste paladin, carnal sobrino
De Constantino, ataca
Roger, y escudo y cota le hace trizas,
Y un palmo por detras la lanza saca.

Muerto lo deja; y el terrible acero
Despues desenvainando,
Solo, acomete á un escuadron entero,
Y brazos y cabezas derribando,
Hace de sangre humana un lago infando.

Aterrado, no hay griego
Que á vista de este horror no retroceda,
Con lo cual á los búlgaros muy luego
El campo de batalla libre queda;
Y estos recobran su coraje, en tanto
Que, armas abandonando y estandartes,
Huye el griego en tropel lleno de espanto.

Correr por todas partes
 Contéplalos Leon desde una altura;
 Y, bien que lleno de mortal tristura,
 La intrepidez admira
 Del paladin, cuya ira,
 En un rápido abrir y cerrar de ojos,
 Cubre el suelo de sangre y de despojos.
 De este héroe al ver las armas y la cota
 Fácilmente comprende
 Leon, que el que á los búlgaros defiende
 Búlgaro no es, y estupefacto nota
 Tan portentosos hechos, en su mente
 Revolviendo la idea
 De que obra acaso todo aquello sea
 Del brazo omnipotente,
 Que por vengar alguna felonía
 Aquel castigo á los de Grecia envía:
 Y la influencia sintiendo bienhechora
 De nobles y magnánimos impulsos,
 Léjos de ansiar que daño le suceda,
 De su impetu y arrojo se enamora.
 En vez de un griego muerto, seis quisiera
 Ver, y hasta parte de su imperio diera
 Por evitar la muerte
 De un jóven tan intrépido y tan fuerte.
 Mas si á Roger Leon ama y admira,
 Mal este afecto paga
 Roger, que ardiendo en iracundia aciaga,
 A dar muerte á Leon tan solo aspira;
 Y con los ojos búscalo, é indaga
 Por saber donde está; mas la prudencia
 Del ducho griego, unida á su fortuna,
 El riesgo conjuro de esta pendencia.
 A su gente del todo destrozada
 Ver no queriendo, la orden oportuna
 Da de tocar al punto á retirada;
 Un mensajero expide á Constantino,
 Rogándole que vuelva, si no quiere

Verse luego inquietado en el camino;
 Y él mismo, con no muchos, hacia el puente,
 Por donde ya pasó, va diligente.
 En poder de los búlgaros cayeron
 Unos, y por el monte
 Y á la margen del rio,
 A pesar de este amparo, perecieron.
 De lo alto de los puentes se lanzaron
 Otros, que muerte en la corriente hallaron;
 Y de los pocos que quedaron vivos,
 Léjos de allí van á pasar el vado
 Algunos, y cautivos
 Son los mas conducidos á Belgrado.
 Terminada la lucha de aquel día,
 En que, muerto su jefe,
 Daño y baldón al Búlgaro cabría,
 A no llegar el héroe denodado
 Que cándido unicornio
 En bermejo broquel lleva pintado;
 Acércanlese todos, y á porfía
 Deshácense en obsequios y alegría.
 Cual cortes le saluda; reverente
 Este la mano; aquel el pié le besa;
 Cada cual cuanto puede se aproxima:
 Bienhadado se estima
 Aquel que á verlo ó que á tocarlo alcanza,
 Y hasta á los cielos llegan
 Los gritos de las gentes, que le ruegan
 Consienta en ser su capitán, su guía,
 Su rey en fin. Contéstales el héroe
 Que capitán y rey, si así les place;
 Suyo será, con tal que esto en Belgrado
 Ni un solo día á demorar le obligue,
 Pues quiere ver si, antes que mas se aleje,
 Coger al griego emperador consigue,
 Y la vida quitarle, único objeto
 Que tantas le hizo andar y tantas leguas.
 Así pues, sin mas treguas,

Se aparta de su hueste, y el camino
Toma por do le dicen que hácia el puente,
Temiendo que lo obstruyan, diligente
Cabalga el sucesor de Constantino;
Y tal ardor en perseguirlo pone
El vencedor guerrero,
Que ni avisa, ni aguarda á su escudero.

Huye Leon (pues fuga
Es aquello mas bien que retirada),
Huye; y por dicha suya halla expeditos
Los puentes todos, que á su paso corta,
Y las naves, que incendia. Aquella tarde,
Puesto ya el sol, aporta
Allí Roger buscando abrigo, y viendo
Que ni castillo ni ciudad alguna
Existe en torno, proseguir su viaje
Propónese al reflejo de la luna.

Toda la noche á la aventura trota;
Y, al despuntar el rayo matutino,
Hácia su izquierda nota
Una ciudad no léjos del camino,
En la cual se propone todo un día
Detenerse en obsequio de Frontino,
Rendido de tan larga correría.

Era señor de toda aquella tierra
Del monarca de Grecia un fiel vasallo,
Llamado Ungardo, el cual para esta guerra
Gentes de á pié recluta y de á caballo.
Mas, como el paso á nadie allí se cierra,
Del modo y con la gente que le agrada
Entra Roger, y párase á la entrada
De la ciudad, donde con mil festejos
Impedente las gentes ir mas léjos.

A la misma posada aquella tarde
Un caballero de Romania llega,
Que fué testigo de la atroz refriega
En que, en favor del Búlgaro, hizo alarde
De gran valor Roger. No bien por tanto

Las armas, cuya insólita violencia
Estuvo á punto de sentir, divisa,
Corre á palacio; á su señor audiencia
Pide; de aquesta novedad le avisa,
Y refiérole cuanto
Aguardo yo á decir en otro canto.

CANTO XLV.

Cae Roger en manos de Ungardo y es conducido á la cárcel. — Quiere Teodora vengar la muerte de su hijo, quitando la vida á Roger. — Sácale Leon de la cárcel en el momento de estar próximo el héroe á perecer víctima de la venganza de Teodora. — Quejas de Bradamante. — Proposición que hace esta doncella á Carlomagno. — Acepta el emperador la proposición de la guerrera. — Batalla de esta con Roger, á quien toma por Leon. — Indecisión de Carlomagno. — Parte Leon en busca de Roger.

Cuanto á mas alto puesto
Eleva al hombre la inconstante diosa,
Tanto el misero se halla mas expuesto
A caída fatal y estrepitosa.
De aquesto son irrecusable prueba
Polícrates, Dionisio, el rey de Lidia
Y otros mil que nombro,
Cuya ventura objeto fué de envidia,
Y cuya ruina objeto fué de asombro.
Así, no porque un hombre
En lo mas bajo de la rueda gima,
Cosa ha de ser que asombre
Verlo de pronto remontarse encima,
Y mas de uno hemos visto
Que la frente en el tajo puso un día,
Y á quien al otro el orbe obedecía.

De esto en la edad antigua
Ejemplo son Ventilio, Servio y Mario,
Y el rey Luis en la nuestra lo atestigua.
Ejemplos mil de aquesto y lo contrario